

CASIMIRO GRANZOW DE LA CERDA

Introducción de Carla Montero

EL DRAMA DE VARSOVIA (1939-1944)

El testimonio olvidado
y extraordinario de un español
que vivió la Segunda Guerra
Mundial en Polonia



ESPASA



CASIMIRO GRANZOW DE LA CERDA

EL DRAMA DE VARSOVIA
(1939-1944)



© Casimiro Granzow de la Cerda, 1946
© Herederos de Casimiro Granzow de la Cerda, 1970, 2020
© de la Introducción: Carla Montero, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Selección de cartas de la Embajada de España en Berlín: Sergio Campos
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Keystone/Getty Images
Fotografía del autor: archivo herederos de Casimiro Granzow de la Cerda

Fotografías de interiores reproducidas de la primera edición de la obra (S. H. A. D. E., 1946)

ISBN: 978-84-670-5836-9
Depósito legal: B. 12.498-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

ÍNDICE

Introducción, POR CARLA MONTERO	9
---------------------------------------	---

EL DRAMA DE VARSOVIA

PREFACIO	25
----------------	----

LA GUERRA

Septiembre, 1939	29
La agresión soviética	44

TERROR TEUTÓNICO

Germanización	55
Cinco años en Varsovia	61
Campos de concentración	80
La persecución religiosa	90
Los judíos	100
Atentados a la propiedad	122
La destrucción cultural	125
La resistencia polaca	141

ÍNDICE

LA INSURRECCIÓN

El drama de Varsovia	205
La ciudad muerta	265
Conclusión	273

ANEXO

SELECCIÓN DE CARTAS DE CASSIO AL EMBAJADOR EN BERLÍN (1942-1945) Y AL MINISTRO DE ASUNTOS EXTE- RIORES DE ESPAÑA (1945)	287
---	-----

NOTA BIOGRÁFICA	343
------------------------------	-----

MAPAS	357
--------------------	-----

SEPTIEMBRE, 1939

El 31 de agosto de 1939, los varsovianos se acostaron tranquilamente, confiados en que la guerra sería evitada. El primero de septiembre, a las seis de la mañana, fueron despertados por las explosiones de las primeras bombas lanzadas por los aviadorees alemanes.

Solo unas horas más tarde, en la mañana de ese mismo primero de septiembre, fue convocado en Berlín el Reichstag. Hitler pronunció entonces su famoso discurso declarando abiertas las hostilidades, y añadiendo, políticamente, esta frase histórica, ya cruelmente desmentida en esos momentos por los hechos: «No quiero hacer la guerra ni a las mujeres ni a los niños, y he dado la orden a mi ejército aéreo de atacar únicamente objetivos militares».

Desde la guerra de 1914, Varsovia había dejado de ser plaza fuerte. Las fortificaciones que tenía la capital fueron destruidas por los rusos, y toda la defensa del río Vístula estaba limitada a los fuertes de Modlín y de Deblin, situados a bastantes kilómetros de la capital.

Desprovista, pues, de fortificaciones, Varsovia era un centro particularmente difícil de defender, y nunca pensó en tal eventualidad el Estado Mayor polaco.

Sin embargo, la defensa de Varsovia, en septiembre de 1939, constituye una de las páginas más bellas de la historia

de Polonia, a pesar de ser debida a una improvisación. Para detener el avance del enemigo se construyeron con gran rapidez barricadas y trincheras, y los barrios extremos de la ciudad fueron abandonados al invasor, mientras que el centro, con sus monumentos históricos, constituyó el núcleo de la resistencia.

Desde el punto de vista militar, sería completamente absurdo decir que Varsovia era una «fortaleza» (*Festung Warschau*), como la llamaban los comunicados oficiales del ejército alemán. El sitio de Varsovia puede y debe considerarse como el sitio de una «aglomeración habitada» y no el de una «posición fortificada».

Ello no impidió que las decisiones del Alto Mando alemán fueran muy distintas, puesto que ya en la noche del 8 al 9 de septiembre dio órdenes a la artillería para disparar sobre la ciudad. La razón de esta acción, cuyas primeras víctimas fueron inocentes habitantes, era sin duda la de quebrantar la moral de la población sin defensa.

Este hecho ha sido, quizá, la primera infracción de las costumbres internacionales de la guerra por parte del Tercer Reich.

Varsovia se vio, días más tarde, totalmente rodeada de fuerzas militares, y comenzó el asedio de la artillería alemana, que abrió un fuego constante sobre la ciudad entera, alcanzando sus granadas incluso los hospitales militares y civiles.

Y así durante veinticinco días consecutivos de ese mes de septiembre, tristemente célebre, fue Varsovia la primera capital europea que vio sus palacios en llamas, sus casas destruidas, sus recuerdos históricos en ruina. Sus habitantes —y Varsovia era una capital de más de 1.200.000 almas— se vieron obligados a vivir en los sótanos, sin agua, sin luz ni gas y, poco a poco, sin víveres. Las madres haciendo cola para mendigar un vaso de agua para sus hijos en el único lugar accesible para ello, en el río, y bajo la explosión constante de granadas y bombas. Los heridos eran transportados por intrépidos jóvenes de ambos sexos, a pesar de la lluvia de metralla, y los numerosos

SEPTIEMBRE, 1939



El Palacio Łazienki.



La calle Marszałkowska, una de las más céntricas de la capital.

muertos se enterraban sin caja en los jardines, en los patios o en cualquier sitio, con tal que hubiera algo de tierra para cubrirlos. Los cadáveres de las caballerías, sembrados por las calles, eran sistemáticamente descuartizados por la población hambrienta.

Con valor sorprendente, Varsovia se estuvo defendiendo contra la fuerza irresistible de que, en esos momentos, disponía el Tercer Reich. Pero, al fin, no tuvo más remedio que sucumbir. Muchos miles de muertos y una cuarta parte de sus edificios destruidos fue el balance que costó a la heroica ciudad esta primera epopeya.

A pesar de todos los esfuerzos de la propaganda nazi, esta primera destrucción de Varsovia habrá de considerarse por la historia como un crimen injustificado. Nunca podrá existir una argumentación que justifique las órdenes de los jefes alemanes de destruir metódicamente los depósitos de agua de la capital y que, en los días y noches trágicas del 25 y 26 de septiembre, se procediera a tan feroces bombardeos aéreos y de artillería sobre la capital polaca. Bajo una verdadera lluvia de bombas explosivas e incendiarias, Varsovia se convirtió en una inmensa hoguera, que consumió muchos cientos de edificios y a muchos miles de sus habitantes.

El bombardeo de Varsovia constituye una primera violación, flagrante, de los principios fundamentales del derecho de gentes.

* * *

Para hacerse una idea clara de lo que fue ese mes de septiembre de 1939, he aquí, reproducido íntegramente, el discurso pronunciado por el alcalde de Varsovia, Stefan Starzyński, el día 19 de dicho mes:

Ciudadanos: Un nuevo día de guerra ha pasado. Hemos podido ver a mujeres y niños quienes, haciendo cola delante de los alma-

cenas de alimentación, han caído mortalmente heridos por las explosiones de las granadas de artillería. Este bombardeo brutal de la ciudad y de la población inocente fue, sin embargo, ineficaz. Semejantes métodos no dan el resultado esperado. Esos métodos de lucha pesarán, necesariamente, sobre toda la nación alemana, y también sobre su espíritu. Ignoro la razón por la cual la nación alemana tiene que destruir con sus ataques aéreos las obras de arte, las pinturas y los espléndidos monumentos de la civilización en su conjunto. He visto hoy el Palacio Real, el Belvedere, la catedral de San Juan, el hospital de la Cruz Roja, iglesias y otros monumentos destruidos y en ruinas. En nuestro país, las gentes están muy unidas alrededor de su religión y de su Iglesia. El odio del pueblo no pasa tan rápidamente. Victorias efímeras, e incluso ocupaciones transitorias de todo un territorio, no pueden decidir el porvenir. La guerra no se terminará con semejantes victorias. Pero la destrucción de todas las riquezas de una nación, la destrucción de las iglesias es algo que no se olvida. La iglesia protestante ha sido completamente destruida. También ha sido bombardeada una casa en la que había una docena de alemanes capturados en un ataque. El bombardeo de Varsovia habrá de tener una profunda repercusión. Las ruinas desaparecerán. Nosotros las reconstruiremos. Varsovia ha sido destruida más de una vez. Pero la fuerza vital de la nación es tan grande que sabremos realizar rápidamente esta obra de reconstrucción y crear monumentos dignos de nosotros. La venganza será dura.

Hoy ha pronunciado Hitler un discurso, en el que pretende que las ciudades polacas no han sido bombardeadas, excepto Varsovia, cuya población civil, habiendo tomado parte en la defensa, ha originado un bombardeo excepcional de esta ciudad. Ello es una mentira insolente. No es solo Varsovia la ciudad bombardeada. Nadie sabe mejor que nosotros, habitantes de Varsovia, cuánto sufren las ciudades y los habitantes de nuestros campos, con los ataques bárbaros de los aviadores alemanes. ¿Cómo es posible mentir de este modo, diciendo que la población civil de Varsovia ha empuñado las armas, y justificar así el bombardeo?... Tenemos tropas suficientes, sin necesidad de acu-

dir a obligar a la población civil a servirse de las armas. A esta población la necesitamos para otros menesteres. Nos hallamos ante una situación grave y difícil. Esa es la verdad. Pero las mujeres y nuestros conciudadanos no tienen necesidad de empuñar las armas. Nos ayudarán de otra manera, salvando a los heridos y buscándonos el diario abastecimiento. Tienen bastante y constante trabajo tratando de aliviar los daños causados por el incesante bombardeo. Acuden en socorro de las víctimas, y realizan trabajos de reparación después de cada ataque. En las peores y más duras pruebas sabremos conservar siempre nuestra dignidad y la firmeza de nuestras almas.

El presidente de la República ha dirigido un mensaje a la nación que todos conocéis. En su frase final, el presidente exhorta a los ciudadanos para que conserven, a pesar de todo, el valor, la firmeza y la dignidad. ¿Quién sabe mejor que nosotros, habitantes de Varsovia, que la ciudad no ha perdido ni un solo instante su espíritu, su dignidad ni su orgullo? Sabe defender su honor en las condiciones más difíciles y, bajo los bombardeos más severos, permanece heroicamente en su puesto y cree que la honradez está casualmente en la justicia de su causa. Es esta fe la que nos permite resistir. Creemos profundamente que la avalancha que cae sobre nosotros, a la vez por el este y por el oeste, se disgregará; que esa amistad extraña —el hitlerismo y el bolchevismo, tan opuesto el uno al otro— acabará por romperse. A pesar de todas las mentiras lanzadas por la propaganda alemana, a pesar de todos los comunicados contradictorios, Europa no puede conceder veracidad a todas estas falsedades.

Damos las gracias a la nación británica por sus palabras de aliento y amistad, y esperamos una ayuda eficaz. Creemos que esta ayuda será rápida y enérgica y que permitirá salvar la vida a miles de mujeres, niños y ancianos, quienes, en condiciones tan sumamente difíciles, siguen permaneciendo en sus puestos. Sabemos, sin embargo, que no pueden venir inmediatamente, y por eso esperamos con paciencia. Estamos seguros de que la balanza de la victoria se inclinará definitivamente de nuestro lado, puesto que nuestra es la lucha del derecho contra la violencia y de la civilización contra la barbarie.

Estas palabras del alcalde varsoviano reflejan solo una parte de la terrible visión que se ofrecía ante nuestros ojos en aquel trágico mes de septiembre.

A medida que se sucedían los días —por cierto espléndidos de un otoño excepcional—, el ambiente de la ciudad iba tomando aspecto de espantoso drama.

En las dos primeras semanas fue la avalancha de refugiados procedentes de otras regiones, en lamentable estado y que iban llegando a Varsovia, lo que más atraía nuestra atención: desfiles interminables de carretas de campesinos, transportando los restos de un modesto bienestar, juntamente con automóviles —algunos incluso tirados por caballos con objeto de economizar gasolina—, coches de lujo y de campo; caballos de raza procedentes de alguna afamada cría caballar de la región de Posnania. Todos ellos buscaban en la capital un asilo; abrigaban la esperanza de poder descansar unas horas de las aventuras que ya habían recorrido por el camino, escapando milagrosamente de las bombas de los aviones enemigos o del fuego de sus ametralladoras antes de emprender nuevamente su insegura peregrinación hacia tierras más hospitalarias del este. En los rostros de todos estos desgraciados no se reflejaba ni pánico ni indignación. Estaban resignados. Todos confiaban, sin embargo, poder volver en breve a sus hogares, ya que habían tenido que abandonarlos ante la presencia amenazadora del enemigo.

Cuantas personas vivían en Varsovia se acostaban en esos días con la clara sensación de que su existencia entraba en una fase completamente nueva y desconocida para ellos. La resistencia que los habitantes iban a poner de buen grado, voluntaria y espontáneamente, era como una fuente de renacimiento guerrero. Era también la base del éxito decisivo. Los ataques de los aviones alemanes se convirtieron en fenómeno cotidiano. Las gentes iban ya acostumbrándose, y la vida, a pesar de todo, seguía su curso, sin prestar atención al número creciente de víctimas y de dificultades. Los alemanes empleaban, sobre

todo, bombas incendiarias, y es extraordinario el valor demostrado por todos para sofocar los estragos que se iban produciendo.

En la plaza de las Tres Cruces varias casas acababan de ser bombardeadas. En los tejados de las mismas aparecieron voluntarios y hasta alguna débil silueta femenina, quienes, con acrobática agilidad, lanzaban al centro de la calle las bombas que iban encontrando antes de que pudieran producir las llamas destructoras. Solamente en dos edificios aparecieron síntomas de incendio; pero también allí acudieron a tiempo para sofocarlo antes de que llegaran los bomberos.

Desgraciadamente, no siempre podían llevarse a efecto estas operaciones con el éxito indicado. Los bombardeos se fueron haciendo cada vez más intensos. Fueron barrios enteros los que pronto iban a desaparecer inevitablemente.

Así sucedió por primera vez, el 16 de septiembre, en el barrio judío. Era un gran día de fiesta. En las sinagogas, y bajo toldos de ramas que simbolizaban la salida de la cautividad de Egipto, se reunieron los judíos para rezar. Y sobre ellos cayó una verdadera ráfaga de bombas alemanas. Los efectos fueron espantosos: montones de cadáveres en los patios de las casas destruidas; escombros por todas partes, y los supervivientes, atemorizados, abandonándolo todo para precipitarse en grandísimo desorden hacia el barrio de Praga, donde esperaban encontrar su salvación.

Desde entonces empezamos a vivir en una atmósfera de ciudad asediada. Cada día con mayor intensidad, los alemanes tienen a Varsovia bajo el fuego de su artillería. Puede calcularse que caen dos granadas por minuto, no sabiéndose nunca de qué lado venía el peligro. Aumenta el número de casas destruidas, de muertos, de heridos, aunque las gentes empezaron a saber cobijarse ante el fuego. Los nervios de muchos comienzan a flaquear. Familias enteras se han instalado ya en los refugios, de donde no salen, y estos no son siempre muy seguros. Esperan, inquietos, la próxima granada, oyendo con terror su

silbido por el aire, y, finalmente, su explosión. Ello causa una tensión nerviosa que no todos pueden soportar.

* * *

Recuerdo que el domingo 17 de septiembre fue pródigo en escenas emocionantes. Hacía un tiempo espléndido y la muchedumbre se amontonaba en las iglesias. Rezaban, no solo por la anhelada victoria, sino también por el eterno descanso de los que ya faltaban en numerosas familias. A las doce comenzó un intenso bombardeo. La catedral estaba repleta de fieles y las granadas comenzaban a caer por aquellos alrededores. Una de ellas perforó una de las fachadas del santo edificio y vino a explotar en el centro de la nave. La preciosa tribuna gótica y el órgano quedaron reducidos a cenizas. Cristales rotos y escombros de todas clases caían sobre las cabezas de los fieles apiñados. Algunos heridos gemían lastimosamente y eran rápidamente atendidos por voluntarios del Cuerpo de Sanidad que allí se encontraban. Debajo de la tribuna central empezaban a sacar muertos: víctimas anónimas, como en la mayoría de los casos. En el momento de la explosión, un sacerdote se hallaba predicando. Permaneció en su puesto y, tras de un natural silencio, volvió a oírse su tranquila voz nuevamente. Los miles de fieles volvieron a recogerse y, aunque con emoción difícil de disimular, asistieron hasta el final del servicio.

También fue incendiada ese día una parte del Palacio Real. Las pérdidas sufridas son irreparables. Muchos recuerdos históricos se han quemado.

* * *

Pasan los días y la catástrofe aumenta.

Al volver a mi casa una tarde por la calle de Nowy-Swiat, pude ver cómo una granada alemana decapitaba materialmente a un soldado polaco. Su cuerpo, sin cabeza, dio unos cuantos

pasos y acabó derrumbándose en medio de una verdadera cascada de sangre que le salía del cuello. El peligro se hacía constante. Sin embargo, todo el mundo acudía a sus ocupaciones, despreocupándose por completo. Nadie sabía al salir si tendría la posibilidad de regresar a su casa. El hambre se deja sentir cada vez con mayor intensidad y las «colas» ante los escasos almacenes de víveres son imponentes. No hay quien dude en ocupar su puesto y esperar, durante horas, a que llegue su turno en medio de una constante amenaza de muerte. La artillería tira sin cesar y los aviones mortíferos aparecen repetidamente sobre el cielo azulado de la capital polaca.

* * *

Los alemanes lanzan otro día proclamas exigiendo la rendición sin condiciones. Los polacos no contestan. No prestan la menor atención a las amenazas del enemigo. Esta tranquilidad es digna de admiración; pero el bombardeo de la ciudad abierta causa, sobre todo, víctimas entre la población civil. Destroza monumentos de cultura y con ello el esfuerzo de varias generaciones.

Varsovia se defiende y se defenderá hasta el último cartucho. Las amenazas alemanas no pueden variar en nada la situación. Todo el mundo comienza a participar en la lucha. En el sufrimiento todos son iguales; pero nadie habla de ello. Los polacos saben sobradamente luchar, únicamente con sus propias y escasas fuerzas, ante un enemigo poderoso. Esto no influye en lo más mínimo en sus decisiones. Hay que resistir hasta la muerte. Están seguros de que, con semejante actitud, habrá de constituirse un poderoso capital nacional, cuyo origen está en las calles devastadas y en la sangre que se vierte.

* * *

Así llegamos al día 25 de septiembre. Desde hace veinte horas difícilmente se puede salir de los refugios sin exponerse

a una muerte segura. A pesar de su solidez y sensación de seguridad tiemblan, como si fueran de cartón, bajo la explosión de las bombas y de las granadas. Los alemanes quieren precipitar la rendición. Varsovia es un verdadero infierno. Cientos de aviones de bombardeo no cesan de volar y, barrio tras barrio, van convirtiendo en ruinas. El objetivo principal está en el centro de la ciudad: las calles Swieto-Krzyska, Krakowskie, Traugutta, Czackiego, Mazowiecka...

El Palacio Raczynski, sede de la Embajada de los Estados Unidos, está ardiendo por todos sus costados. La bandera estrellada flota todavía en el asta del balcón principal. Una habitación de sus dependencias se ha transformado rápidamente en refugio para niños huérfanos y abandonados en la calle. El espanto por cuanto llevan viviendo se refleja en sus pálidos rostros. Tienen sueño, hambre, sed... y no es posible dormir, ni comer ni beber... Entre unos escombros que recubren las bodegas del palacio, aparecen varias botellas de Champagne pertenecientes al embajador norteamericano... Beben con avidez el recalentado espumoso y sus efectos son fulminantes y deplorables... Este episodio resulta aún más conmovedor y trágico en medio de cuanto lo rodea. Las calles vecinas están recubiertas de una verdadera alfombra de cristales destrozados, muebles, maderas a medio quemar, escombros, y entre ellos los restos de una valiosa vajilla perteneciente, en otros tiempos, al emperador Napoleón.

En la calle Traugutta se apercibe todavía el edificio del Banco de Comercio. Sus sótanos parecen un refugio seguro. A ellos se dirigen precipitadamente los supervivientes de las casas vecinas. Algunos caen segados por la metralla al intentarlo. En la calle, varios carros cargados con municiones han volado, haciendo aún mayor la catástrofe. Caballos muertos, cadáveres de soldados y de hombres, mujeres y niños están mezclados y se consumen lentamente entre las ruinas humeantes.

El refugio está abarrotado. En la inmensa sala de las cajas fuertes, convertida en hospital, gimen dolorosamente muchos

cientos de heridos tumbados sobre paja en el suelo. Algunos están agonizando. Otros han muerto ya. A la entrada de la misma, aparecen arrodilladas, en compacto grupo, mujeres del pueblo mezcladas con algunas damas conocidas de la capital. Dos o tres velas son la única temblorosa luz que rodea una pequeña imagen de la Virgen Milagrosa de Czestochowa, y en medio de ese silencio de muerte se eleva, entrecortada por la emoción, una fervorosa plegaria.

Más allá, hombres y soldados se esfuerzan en apagar las llamas que amenazan extenderse a este único reducto que ha quedado en el barrio.

Los filtros de Varsovia han quedado también destruidos. Ya no hay agua ni luz. Los aviadores alemanes, sembrando la muerte y el espanto, vuelan a tan baja altura que, a simple vista, pueden distinguirse los detalles de los aparatos. Por donde pasan, con su ruido infernal, vuelan los cristales que aún quedan y tiembla el piso bajo nuestros pies. La muerte amenaza a cada instante en medio de imponentes nubes de polvo, humo y cenizas, que hacen casi imposible la respiración. Difícilmente puede distinguirse un objeto a un paso de distancia.

En cuanto faltó el agua, Varsovia se vio acribillada de bombas incendiarias. Más de quinientos focos a un mismo tiempo hacen inútiles los servicios de socorro. En los sótanos de muchas casas, transformados en hospitales o en salas de operaciones, rivalizaban los cirujanos en sus tareas, alumbrándose con velas. Se trabaja sin descanso tratando de salvar el mayor número de existencias humanas. Pero las llamas, extendiéndose rápidamente, convierten a Varsovia, con sus desventurados habitantes, en el horno crematorio más grande del mundo.

* * *

Y llegó la noche. Los aviadores cesaron de volar; pero la artillería pesada no dejó ni un momento de seguir destruyendo. Como no es posible dormir, y, además, las necesidades de co-

mer y tener agua se hacen cada día más apremiantes, el estado de tensión nerviosa de las gentes es también insoportable. Sin embargo, el pensamiento único de los varsovianos es siempre el mismo: vencer.

* * *

El día 26 por la mañana llegan noticias que inquietan. Los alemanes atacan las fortificaciones de Mokotow y logran penetrar en ellas, pero son rechazados por las bayonetas de los valientes defensores en lucha cuerpo a cuerpo. Al fin, materialmente extenuados, los polacos tienen que entregarlas. Este es el asalto decisivo. Montones de cadáveres, de una parte y otra, adquieren en algunos puntos tal altura que cubren el campo de tiro de las ametralladoras. El combate es feroz. Se vive en un ambiente de verdadera fiebre. El momento de la crisis fatal parece acercarse. Desde hace veinte días Varsovia no recibe noticias de ningún género. Se quisiera saber si los aliados han comenzado una ofensiva en Francia, pero el aislamiento de Varsovia con el resto del mundo es total. Las estaciones emisoras han quedado destruidas y los aparatos receptores no funcionan. El espíritu de los varsovianos sigue, sin embargo, siendo admirable. El aspecto físico es el que, forzosamente, empieza a resquebrajarse. El mando militar polaco enjuicia la situación del mismo modo. Si los alemanes reciben refuerzos, y ello es una eventualidad con la que hay que contar, los combatientes varsovianos, extenuados por la lucha y las privaciones, sin reservas y sin municiones, están fatalmente condenados al exterminio. Además, Varsovia está completamente sola. Los combates ya han cesado en el resto del país. Quedan, es cierto, aún algunos focos, en donde se lucha encarnizadamente, como en el fuerte de Modlin, pero ello no puede hacer cambiar lo irreparable.

En este ambiente lúgubre se toma la determinación de capitular. Todos los habitantes de Varsovia, tanto civiles como



Septiembre de 1939. Una víctima inocente de la aviación alemana.

militares, se dan exacta cuenta del alcance histórico de ese momento.

En realidad, esta capitulación equivale a entregar en manos del enemigo el corazón del país. Ese corazón que ha seguido latiendo aún después que su cuerpo ha sido aplastado. El espíritu de la nación es más fuerte que los sufrimientos humanos.

* * *

El 27 de septiembre será un día difícil de olvidar para los varsovianos. Se llega a comprender que en el abismo de los suplicios existe la tortura del silencio.

En efecto; las calles están desiertas en medio de sus ruinas todavía humeantes. Solo, de vez en cuando, podemos percibir algún transeúnte solitario arriesgándose, tímidamente, en la busca de un objeto perdido que le recuerda su pobre felicidad pasada...

Varsovia parece una inmensa necrópolis.

* * *

Días más tarde, el canciller Hitler pasaba revista a sus tropas victoriosas en la avenida Ujazdowskie, que cambió su nombre por el de avenida de la Victoria.

Y comienzan los terribles años de la ocupación...